

## LA CHICA DE AL LADO de Ixeya Abadía Gienmo

---

Esos rostros no me eran familiares, y desde que tengo uso de razón me han dicho que no hable con extraños. Ahora todas sus miradas residían en mí y estaba aterrada. Mi cuerpo lucía frágil, indefenso, una corriente me atravesó el cuerpo provocando temblores en mis piernas, ejercía presión con mis manos intentando frenarlo, pero era en vano. Miraba alrededor buscando refugio, alguna cara conocida, alguien que me dijera que todo estaba bien. Mi madre no hizo ruido cuando apareció en la sala, y yo retuve las ganas de esconderme entre sus piernas. Como si de esa forma todo desapareciera, como si volviera a un momento feliz. Algo en mi cabeza lo evitó y solo la miré.

En cuanto soltó la primera lágrima y se acercó a mí supe que nada bueno iba a salir de su boca. Sus labios temblaban pero los apretó tratando de formar una dulce sonrisa.

—No tengas miedo, cariño—soltó con un hilo de aire reprimiendo un sollozo.

Lo dijo como si fuera a calmarme su voz. Como si no supiera que lo que pasaba no se trataba de algo bueno. Como si mis nueve años de edad provocarían un completo desconocimiento hacia lo que gira en torno a mí.

—Solo te haremos unas preguntas—agregó uno de los hombres con traje—. No tienes de qué preocuparte.

El hombre que había preguntado dejó pasar a otra mujer igual vestida. Sabían que eran policías, pero no iban como en las películas; no llevaban pistolas a la cadera ni uniformes de un azul brillante. Sin embargo, los delataba el letrero a su espalda que leía “guardia civil”. La mujer se arrodilló frente al sofá, apoyando sin mostrar expresión su rodilla en el suelo y mirándome sin verme.

Su compañero le tendió una pequeña libreta con un bolígrafo y escribió algo con una caligrafía demasiado confusa para que yo la entendiera.

—¿Conocías a Idoia?

Su pregunta me tomó por sorpresa. No respondí, pero sabía que el silencio hablaba por mí.

—Cariño—irrumpió mi madre—, tienes que colaborar y contar todo lo que sepas a estos señores, ¿de acuerdo? —Asentí con la cabeza sin estar convencida.

Claro que la conocía, pero no entendía porqué eso importaba ni qué querían de mí.

—Sí—solté casi en un susurro—, vive al lado.

—Tu madre nos ha contado que érais muy amigas—prosiguió la mujer anotando en su libreta—, ¿desde hace cuánto os conocíais?

—Mamá—llamé cada vez más nerviosa y a punto de llorar—, ¿qué ha pasado?

Estaban hablando en pasado y eso no era bueno. Nada bueno. Solo quería que mi madre me diera una explicación razonable para todo y me dijera que estaba bien, que Idoia bajaría a jugar conmigo al parque en cuanto esos hombres se fueran.

Los ojos de mi madre no soportaron el peso de las lágrimas y descendieron lentamente por su rostro y me hundí en su pecho sin saber qué sucedía.

Permanecemos así unos segundos, quizá minutos; solo recuerdo el dolor de cabeza y la visión borrosa cuando la mujer resopló y soltó con ojos vacíos:

—Idoia ya no está con nosotros. Esta noche la hemos encontrado sin vida en su habitación. Un caso muy peculiar pues todo apunta a suicidio, algo impropio en niñas de su edad.

Creo que siguió hablando pero no logré hacer caso a ninguna palabra que su boca escupía. Todo se hizo difuso y lo más extraño de todo fue que no sentía una gran tristeza o rabia, la confusión predominaba en mi mente. Todos los pequeños momentos con ella comenzaron a cobrar sentido. Esas preguntas que evitaba o los gritos de la casa de al lado que no me dejaban dormir.

—¿Habías visto algo inusual en ella?

La pregunta del hombre me devolvió a la habitación. Idoia siempre había sido algo inusual, eso fue lo primero que me llamó su atención.

—La familia de al lado siempre había sido peculiar—respondió mi madre—. Vivían la niña, el padre y la mujer de él. De la madre biológica nunca se ha sabido nada. Yo siempre he pensado que han escondido algo.

—Si no le molesta—cortó la policía—, aquí las preguntas se las estamos haciendo a su hija, así que le recomiendo escuchar y mantener silencio.

Todas sus miradas se posaron sobre mí y supe que esperaban una respuesta.

—Idoia siempre ha sido especial.

—¿Cómo os conocisteis?

Cerré los ojos recordando el momento en el que vi a esa niña de pelo rizado y desordenado mirándome con duda a través de la verja del jardín.

*Cerré el rotulador amarillo observando mi creación final con una sonrisa. Los árboles comenzaban a florecer y el sol calentaba nuestra terraza. Los rayos convergían en preciosas siluetas al atravesar las hojas del árbol dibujando preciosos trazos de brillo sobre mi folio.*

*Llevaba toda la tarde dibujando con los nuevos rotuladores que mi madre me había regalado por mi cumpleaños. Quería agradecerse así que decidí dibujar una gran flor con un pétalo de cada color.*

*Me levanté de la silla con rapidez tirando algunos rotuladores al suelo sin hacerles caso. Agarré mi dibujo y quedé petrificada al observar a una pequeña chica observándome con duda desde la casa de al lado.*

—Hola—solté acercándome a ella, que fijó sus oscuros ojos en mí—. Soy Martina—me presenté señalándome—. Aunque mis amigas me llaman Tina. No te había visto antes, ¿cómo te llamas?

—Idoia—soltó con un hilo de voz casi inaudible.

—¡Qué guay! Nunca había escuchado ese nombre. En mi clase hay otra chica que se llama como yo—conté con un puchero—. Por eso me llaman Tina.

*La chica de al lado no dijo nada más, pero hizo amago de sonreír cuando empecé a hablar.*

—Tina—llamó mi madre saliendo fuera—. Ya es la hora de comer.

—Mami—mascullé avalanzádome sobre ella y rodeándola con mis brazos—. He hecho una amiga. Se llama Idoia, ¿a que es un nombre genial?— Tiré de mi madre acercándola a la chica de al lado para que también la conociera.

—Hola, Idoia—saludó mi madre con duda—. Me alegro mucho de conocerte.

El calor de la mano de mi madre sobre mis hombros me devolvió a la realidad. No estaba preparada para aquel interrogatorio. Los ojos de la mujer seguían fijos en mí cuando recordé su pregunta.

—Vivía al lado y nos hicimos amigas.

Con Idoia era fácil, ella nunca me dejaba de lado y cuando le enseñaba mis dibujos se interesaba por ellos. Nunca me mandaba callar ni decía que le aburría, como hacían las niñas de mi clase. Mis mejillas volvieron a humedecerse y mi madre respondió por mí.

—En verano vino a casa un día, pero se tuvo que ir de improvisto y mi hija—añadió haciendo énfasis en la palabra— nunca me contó la razón.

No lo hice porque la desconocía. Idoia nunca habló sobre su familia, pero su padre no se portaba bien con ella. Veía el terror en sus ojos de aquel día. Recordarlo me provocó un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Nunca has hecho una guerra de globos de agua?

*Idoia solo elevó los hombros y negó con la cabeza.*

—Pues no voy a permitir que eso siga siendo así.

*Aprovechando el buen tiempo saldríamos fuera y nos daríamos un remojito refrescante. Idoia me contó que nunca había ido a la playa y que a su padre no le gustaba que fuese a la piscina.*

—Te puedes poner un bañador mío—ofrecí y sus ojos se pusieron algo tristes.

—Gracias, yo no tengo. —Elevé las cejas con sorpresa—. No me gusta el verano.

—Yo también prefiero el invierno, es mucho mejor. Mi comida favorita es el chocolate caliente—añadí relamiéndose los labios.

*Me dedicó una pequeña sonrisa y esperó a que cogiera el bañador más pequeño que tenía porque estaba bastante más delgada que yo.*

—¿El baño?

*Le guí a él y esperé a que se lo pusiera. Cuando salió traté de evitar mi sorpresa cuando vi sus brazos y la parte de su espalda que liberaba el bañador.*

*Estaba cubierta de pequeñas marcas rojizas y con tonos púrpuras de formas irregulares. La mayoría no eran de gran tamaño, pero nunca había visto una marca así. Eran muy similares a una vez que quemé con la plancha intentando ayudar en casa.*

*Debió de notar que la estaba examinando porque se cubrió con una toalla muy nerviosa y dijo:*

—Son marcas de nacimiento. Pero con el agua me escuecen un poco.

—Yo tengo una igual la mano izquierda.

*La puse en la altura de sus ojos que se oscurecieron.*

—¿Tu madre también fuma?

*Fruncí el ceño. En ese momento no la entendí, ahora ya lo hago. Ahora sé que se trataban de quemaduras que su padre le hacía al quemar sus cigarrillos en ella.*

—Mi madre es enfermera—respondí con una sonrisa.

*Solo hizo falta eso para que me entendiera. No eran marcas de nacimiento y yo lo sabía.*

*Estuvimos toda la tarde jugando con los globos y por primera vez escuché su risa.*

—Mañana quiero una revancha.

*Habíamos acabado cansadas de perseguirnos con los globos y fue de las mejores tardes de mi vida.*

—Si me dejan, yo estaría encantada de venir aquí mañana.

—Sí—respondí ilusionada—. Mi mamá seguro que te deja siempre que quieras.

*Estábamos en mi cuarto y me fijé en que Idoia estaba callada mirando todos los bocetos que decoraban mi corcho.*

—Te gusta mucho dibujar—comentó pensativa—. ¿Cómo eres capaz de poner una imagen que tienes en la cabeza en un papel en blanco?

*Su pregunta me pilló por sorpresa, pero una peculiar alegría me recorrió. Nunca antes se habían interesado en mis dibujos.*

—Solo cierro los ojos y muevo los dedos. A veces no son trazos buenos, pero mi profesora de dibujo dice que son muy sinceros y únicos—añadí orgullosa—. Puedes venir a mi casa a pintar siempre que quieras.

Tomé dos folios y nos expresamos en ellos toda la tarde mientras fluía la conversación. Me contó que el verde es su color favorito y cómo sus “marcas” le generaban un complejo y odiaba el verano que le obligaba a pasar calor. Yo le conté cómo nunca había sentido que encajaba en clase y cómo dibujar me ayudaba a relajarme. Le confesé que echaba de menos a mi padre, que trabajaba lejos y lo veía muy poco. Ella, por el contrario, no comentó nada acerca de su madre ni padre. Y no hizo falta, pues a las 20:00 tuve la mala suerte de conocerlo.

—¿Han llamado a la puerta?—pregunté extrañada poniéndome en pie. Mi madre tenía llaves, así que nos acercamos a la puerta con algo de miedo.

—¡Idoia, abre la puta puerta! Sé que estás ahí.

—Es mi padre—contestó impasible mientras yo temblaba por su alto tono—. Muchas gracias por el día de hoy, pero ahora me tengo que ir a casa.

—¿Nos veremos mañana?—pregunté antes de abrir y ella asintió con la cabeza. Un hombre muy enfadado con un cigarro en su mano izquierda tomó a Idoia con la derecha y de un tirón la llevó al suelo. Hice amago de avanzar para ver cómo estaba pero su padre se interpuso entre nosotras y me miró con desaprobación.

—Mi hija no va a volver a tu puta casa. La muy inútil me ha desobedecido y ya sabe cuáles son las consecuencias. Y tú, despídete de tu amiguita. Me quedé petrificada en la entrada cuando su padre cerró la puerta a un par de centímetros de golpearme con ella en la cara. Tragué saliva conteniendo las lágrimas. No fui capaz de retenerlas y estallé. Estallé porque entendí muchas de las cosas que Idoia me había contado esa tarde. Entendí la admiración con la que me miraba cada vez que mi madre me dejaba un suave beso en la frente. Entendí que cualquier cosa que rodease el mundo le pareciera nuevo. Entendí su asombro hacia mi vida, con tanta curiosidad cuando miraba más allá de su verja. Sin embargo, ahora que ya no está conmigo, sigo sin entender lo que pasó en los siguientes días.

—Martina—llamó el hombre devolviéndome a la habitación—, ¿por qué no nos cuentas por qué se tuvo que ir tu amiga esa tarde?

—Era tarde, su padre la quería en casa—. Tragué saliva, incapaz de mantener la mirada del policía—. Nunca me caía bien. No era bueno.

Noté la duda de todos, expectantes a que soltase más información acerca del tema.

—¿Qué más nos puedes decir de su padre? —Elevé los hombros, apenas lo conocía—. Necesitamos que nos digas todo lo que sepas, puede ser más importante de lo que crees. ¿Alguna vez se mostró agresivo con ella? ¿Contigo?

No supe qué decir. Solo pensaba en salir de ahí. No quería responder. No quería siquiera pensar en las preguntas.

—¿Pensáis que pudo tener algo que ver?—inquirió mi madre.

—No podemos dar esa información—recalcó la mujer—. Es algo que seguimos investigando, no queremos descartar opciones ni ser impulsivos.

Mi madre se quedó cabizbaja tratando de hacer memoria. Yo buscaba todo lo contrario.

—Llevaba cerca de una semana sin aparecer—indicó mi madre.

—Fueron tres días. —Mi voz salió sola, y el peso de las miradas de todos los presentes en la sala recayó de nuevo en mí—. No sé por qué. No quiso hablar del tema conmigo.

—Tina estuvo con ella ayer—soltó mi madre liberando una ola de culpa que me caló hasta los huesos—. Cariño, sé que es una chica nostálgica, pero ¿la sentiste más lejana?

—Como siempre.

Eso no era cierto, pero tampoco era del todo falso. La última vez que la vi no fue como las demás, fue más intensa y pura. Inspiré hondo, eso había sido hace un par de horas...

—¿Por qué no llamas al timbre y preguntas a su padre?

—No quiero—solté sin mirarla a los ojos—. Voy a dibujar.

Caminé rápido mientras refunfuñaba notablemente. Salí al jardín a dibujar y no verla al otro lado pidiendo que le enseñara los resultados era difícil. La echaba de menos y no podía evitar preguntarme si le había pasado algo. Igual su padre la había castigado por mi culpa. Pensaba en ella, en sus rasgos que nunca había visto en nadie más. Lo bien que me conocía y la confianza que me brindaba su compañía.

Como si de magia se tratase, el sonido de una puerta cerrándose captó mi atención. Sabía que se trataba de Idoia saliendo a su terraza; pero conforme avanzaba hacia la verja mi mandíbula se iba desencajando por su aspecto. Manchas rojizas decoraban su rostro, junto a los arcos púrpuras bajo sus vacíos ojos. Llevaba el labio roto y una herida mal curada en la sien. El cuello también lucía una rozadura y la chaqueta que llevaba no dejaba más de ella a la vista.

—Te he echado de menos—logré decir y ella me dedicó una débil sonrisa—. ¿Cómo estás?

—A mi padre no le gusta que salga de casa sin su permiso—. Logró decir con un tono algo animado—. Ahora no está en casa. Quiero salir de aquí.

Sonreí porque eso significa que podríamos ir al parque a hablar y jugar.

—Me encanta la idea, ahora se lo digo a mi mamá.

Y sencillamente me ganó el permiso de pasear con mi amiga si íbamos con cuidado. Algo bueno que tenía nuestra pequeña ciudad era un gran bosque no muy lejos. Algún día había ido de picnic con mis padres aprovechando el buen tiempo. No pude evitar sorprenderme con lo bien que Idoia conocía esa zona, como si hubiera pasado mucho tiempo entre aquellos frondosos árboles.

—Nunca había venido a esta parte—solté mirando todo a mi alrededor—, mi madre me ha dicho que puede ser peligroso.

—Solo cuando es de noche—explicó, conocedora de lo que eso implicaba—. Ven, te voy a enseñar la parte más bonita.

Y no mentía, ese día me llevó a un precioso campo de girasoles. Parecían vivos, inclinados hacia la izquierda, buscando la máxima incidencia de los haces de luz.

—¡Guau! Nunca había visto tantas flores juntas. Son super bonitas y grandes—exclamé por la embelesante escena frente a mis ojos.

—Cuando era más pequeña y me aburría venía aquí a contemplar las flores y escribir—confesó con la mirada perdida.

Jamás me habría imaginado que sería posible haber vivido tanto en tan poco tiempo. Me acerqué a un par de flores más pequeñas que el resto y las arranqué de raíz para enseñarle una de mis aficiones favoritas de las estaciones cálidas.

—Te voy a hacer una corona.

Ella frunció el ceño pero se acercó intrigada.

—No sé hacer—confesó—. Las manualidades son lo tuyo.

—¿Nunca has hecho una corona de flores?—pregunté anonadada—. Es muy fácil, mira—empecé dándole dos flores para que siguiera mis pasos—. Primero tienes que hacer una hendidura en el tallo de una de las flores. Yo suelo clavar la uña. —Esperé a que siguiera los pasos y cuando observaba su mano me fijé en que tenía marcas rojas en sus

*muñecas, como si le hubieran agarrado con mucha fuerza—. Ahora introduces el tallo de la siguiente flor por el hueco y lo repites hasta que te quede un círculo.*

*Intenté no dar ucha importancia a sus nuevas marcas y centrarme en las plantas. Estuvimos allí hasta que no quedó un lugar en el campo que no hubiéramos recorrido oliendo las flores y escondidas entre los altos tallos.*

*Antes de llegar a casa percibí a Idoia nostálgica; mucho más nostálgica que de normal. No hablé, pero le sonreí y me miró con ojos húmedos.*

*—Gracias.*

*Las palabras flotaron entre las dos sin un destino fijo*

*—¿Por?*

*—Por todo—respondió sin concretar—. Eres muy buena amiga.*

*—Ten—dije tendiéndole la corona que había hecho—. Es para ti.*

*Con cuidado se le coloqué, intentando que no rozase con la reciente herida. Sus rizos caían descuidados y su negro cabello reslataba los colores vivos de las flores. Sonreí ante el resultado y me miró con dulzura y duda. No añadió más y entré en mi casa.*

*—Idoia—grité antes de cerrar provocando que se diera la vuelta—. ¿Mañana nos veremos?*

*Me aguantó la mirada unos segundos, pero no respondió.*

*Esa fue la última vez que la vi.*

*—Tienes que intentar recordar—repetió mi madre tomándome entre sus brazos—. Por favor. Yo solo sé que muchas veces se oían gritos en la casa de al lado y que era muy callada, pero tú eras la que más sabía de ella.*

*Y hubo algo en la forma en la que me lo pidió. Algo que me hizo recordar el miedo en la mirada de mi amiga ayer. Yo estaba acostumbrada a las heridas en su rostro y a las marcas en su piel. Le daba una belleza diferente y etérea, la luna también es hermosa aunque posea cráteres. Nunca decía nada del tema, pero no hacía falta; las dos sabíamos que no es necesario hablar para entender a alguien. Pero en este caso sí lo era.*

*—Llevaba más heridas que otras veces—musité.*

*—¿A qué te refieres?—preguntó la mujer y en sus ojos había genuina intriga.*

*Respiré hondo, intentando serenar mi mente y colaborar en la medida que fuera posible.*

*—Siempre estaba llena de heridas, quemaduras en el cuerpo, marcas en las muñecas, golpes... su padre... no se portaba bien con ella.*

*—Inspectora Expósito—cortó el hombre con el móvil en la mano y la boca abierta—. Han llegado los resultados de la forense. En la exploración paragenital han encontrado muestras del ADN del padre. Tenemos que ir ya, llévate a la niña, seguiremos allí el interrogatorio. Los recuerdos de ese día están muy borrosos. Preguntas cuya respuesta o bien desconocía o bien no quería dar. Lo único que recuerdo es cuando mi madre me contó entre lágrimas que su padre había sido muy malo con Idoia y quizá debía ir al juicio a declarar. Yo ni siquiera sabía lo que eso era. Su padre acabó en la cárcel y nunca me dijeron lo que hizo en realidad. Se excusaban en mi edad.*

*Yo solo quería a mi amiga de vuelta, pero conforme pasaron los meses y me hice mayor empecé a entender varias cosas. Quizá no había una razón para que todo aquello sucediera. Solo éramos dos personas descubriendo el mundo con distintas circunstancias. Dos flores que quieren crecer; aunque se plantaron a la vez, no recibían la misma luz. Idoia me enseñó mucho, y quizá esa fuera la razón por la que la conocí.*

*Esa chica de alma vieja encerrada en un cuerpo joven. Esa chica misteriosa y taciturna con ojos como la más oscura de las noches con luna nueva.*

*Esa chica de al lado que fue, y siempre será, mi primera y mejor amiga.*